

NOTAS SOBRE LA ECONOMÍA EN LAS ELECCIONES ESTADOUNIDENSES DE 2000

LEÓN BENDESKY

Las plataformas de los partidos Demócrata y Republicano presentadas para la elección de 2000 empiezan reconociendo y aceptando como un hecho consumado la fortaleza económica y el bienestar que se experimenta en Estados Unidos. Con ello, el tema económico queda muy acotado en el documento y se toma como una base para plantear otros asuntos que se estiman políticamente más rentables. En el caso de los demócratas la plataforma empieza con la siguiente afirmación: “Hoy, América [*sic*] se encuentra en medio de la prosperidad, el progreso y la paz”. En el caso de los republicanos se asienta que: “Nuestra poderosa economía le da a América [*sic*] una oportunidad única para confrontar los persistentes retos que enfrenta”.

Este discurso enmarca las condiciones que se han producido durante el amplio proceso de expansión de la economía en el periodo de la administración demócrata encabezada por William Clinton. Marca también, sin duda, el estado de ánimo general que, cuando menos desde la perspectiva de los políticos y los grandes empresarios, existe en el momento de hacer campaña para conseguir los votos y ganar la Casa Blanca y el Congreso. Sin embargo, esta expansión ha sido desigual en su alcance con respecto a distintos grupos sociales y, también, en términos regionales. A pesar del bienestar general hay muchos que siguen estando rezagados e inconformes con los resultados del largo crecimiento económico.

Los enunciados de la plataforma demócrata describen el registro económico de los últimos ocho años como el de la más larga expansión productiva de la

historia: la mayor creación de empleos en una sola administración, el primer incremento real de los salarios en 20 años, la más alta proporción de vivienda en propiedad, la menor tasa de desempleo entre los estadounidenses de origen africano e hispano, el menor número de personas en el sistema de bienestar desde los años sesenta, la mayor reducción de la pobreza en cerca de 30 años y con menores grados de desigualdad en la distribución del ingreso. Ésta parece una valoración muy contundente en el terreno económico y ha sido el sustento de una administración que en otros campos tuvo severos cuestionamientos y que ahora tiene que renovarse en las urnas.

La prosperidad actual en Estados Unidos se manifiesta, conforme a la propuesta electoral del partido en el gobierno, en la creación de 22 millones de nuevos empleos y las más bajas tasas de inflación registradas en varias décadas. No hay ningún comentario sobre el tipo de empleos generados y el carácter del mercado de trabajo que hoy existe. Además, se señala que se ha ido creando una “nueva economía” sustentada en el cambio tecnológico y el de las formas tradicionales que definen al trabajo, con lo que surgen nuevas industrias y se transforman las ya existentes.

Para los demócratas, el desafío político después de estos ocho años de prosperidad consiste en mantenerla y profundizarla en el marco de una economía dinámica y en crecimiento. Para ello se propone: *i)* continuar con la disciplina fiscal, en especial mediante la amortización de la deuda y con una adecuada política impositiva; *ii)* aprovechar las circunstancias financieras favorables para consolidar el sistema de seguridad social y protección médica; *iii)* acrecentar la inversión educativa y en la capacitación de la fuerza de trabajo, y *iv)* abrir nuevos mercados para los productos estadounidenses tanto dentro como fuera del país.

Por su parte, los republicanos disputan la paternidad de la reforma fiscal que ha llevado al gobierno a operar con cuentas en equilibrio y que constituye uno de los postulados fuertes de la administración Clinton-Gore. Señalan que durante 40 años, entre 1954 y 1994 el gasto público creció a una tasa promedio anual de casi 8% y que la deuda pública aumentó de 224 mil millones de dólares hasta 3.5 billones de dólares. Afirman que con el control que ejercen en el Congreso el gasto ha aumentado a una tasa anual de 3% y la deuda será 400 mil millones de dólares más baja al final de 2000. Así, el gobierno federal opera con superávit, mismo que se proyecta en casi 5 billones de dólares durante 10 años.

El caso es que la situación fiscal sigue siendo uno de los puntos centrales del debate político y de la política económica entre las fuerzas partidistas. Este deba-

te forma parte, también, de las pautas de gestión de la economía en las que la postura monetaria que mantiene la Reserva Federal para controlar la inflación exige de una correspondencia en la disciplina fiscal. Ambas son ahora las premisas de la estabilidad y, en el caso de Estados Unidos han estado apoyadas por un dinámico crecimiento productivo y por una mayor competitividad que ha estado basada también en la fortaleza del dólar en los mercados internacionales.

Los excedentes presupuestales son el punto de atención en torno de una cuestión muy sensible políticamente para las empresas y las familias y que se refiere a los impuestos. Los republicanos plantean que hoy dicho excedente corresponde a una sobretributación, ya que una familia promedio debe trabajar más de cuatro meses al año para mantener al gobierno. Por lo que sostienen que el eslabón más débil de la cadena de la prosperidad es, precisamente, el sistema impositivo y que amenaza no sólo al bienestar de la población sino incluso al mismo proceso de expansión de la economía. El objetivo que proponen es modificar una situación en la que los impuestos federales son los más altos en todos sus niveles para cualquier periodo de paz, ya que los impuestos absorben más de una tercera parte del producto nacional.

Las condiciones favorables de la evolución económica se toman como un dato en las plataformas electorales de ambos partidos, especialmente con respecto a la fuerza del crecimiento, la capacidad de generación de empleo, el mejoramiento de las condiciones generales de bienestar de la población y la estabilidad de los precios. De tal manera que la atención se centra preferentemente en los aspectos relativos al incremento de la eficiencia de la administración pública, de los programas de atención social (el sistema del *welfare* y el *medicare*) y en la relación entre el Estado y la sociedad, tal y como se expresa por la vía de la tributación.

Esos no son, por supuesto, aspectos menores del funcionamiento de la economía estadounidense, pero no parece haber siquiera una cierta incertidumbre o alguna sospecha acerca de las tendencias generales de su desenvolvimiento que hoy prevalecen y de su posible modificación. En cuanto a dicha tendencia debe tenerse en cuenta la misma duración de la fase expansiva del ciclo económico. Esas fases de crecimiento tienen un periodo de agotamiento que, aunque hoy no parece evidente, cuando menos en el mediano plazo (más allá de un año), no puede eludirse, tal y como indica la experiencia del desarrollo de las economías capitalistas. En todo caso no se ha sustentado teórica ni empíricamente que se hayan creado condiciones en el proceso de acumulación y distribución que sean capaces de modificar de modo determinante el compor-

tamiento cíclico de la economía de mercado. Hoy, los ciclos han encontrado una resistencia en mecanismos de naturaleza esencialmente monetaria y financiera que ha conseguido contener la crisis, pero no ha podido eludir los eventos de fuerte inestabilidad. Esos mecanismos han alterado, también, los canales de transmisión de la turbulencia económica, pero la fragilidad de los mercados y de las instituciones financieras sigue existiendo como una de las características sobresalientes del sistema del capitalismo global.

Conviene apreciar que la interpretación que se ha ido volviendo convencional sobre el largo proceso de crecimiento del producto se asocia de modo preferente con una noción que es todavía nebulosa en cuanto a su esencia y, sobre todo, en cuanto a su impacto de largo plazo en el proceso económico y que se ha llamado la “nueva economía”. Este concepto aparece, todavía, como una especie de caja negra por lo que hace a las condiciones que determinan la productividad, el surgimiento de nuevos mercados y la capacidad de mantener los niveles de rentabilidad que exigen los inversionistas. Así, el reciente despliegue de innovaciones tecnológicas se vincula con una nueva etapa del desarrollo de la microelectrónica, sobre todo con las versátiles aplicaciones al Internet y la ampliación del comercio electrónico. Sin embargo, no hay todavía suficientes evidencias de que dichas aplicaciones sostengan un proceso de aumento de la productividad y de la generación de riqueza que hagan posible una continuada acumulación y mantengan el crecimiento del producto. Esto cuando menos cuestiona el carácter del ciclo económico como el que experimenta Estados Unidos y su función como parte de lo que podría ser un ciclo de larga duración.

Hoy aún pueden apreciarse diversas cuestiones que ponen en entredicho la durabilidad de esta fase de expansión. Entre ellas sobresale la relación conflictiva entre la actividad productiva considerada en un sentido amplio, es decir, la producción fabril, la extensa gama de los servicios y las condiciones de operación de los mercados de trabajo y de capitales. La volatilidad de los mercados accionarios, la persistente intervención de la Reserva Federal para controlar la inflación y mantener ciertos niveles del valor del dólar, son expresiones de dicho conflicto. Otras provienen de las reiteradas advertencias de la sobrevaluación de los mercados accionarios, de las posibles repercusiones adversas que puede generar el efecto riqueza que se ha creado entre los inversionistas y que somete a los mercados bursátiles a una potencial inestabilidad y, por lo tanto, de la fragilidad inherente del proceso de acumulación de capital, eso que ya se conoce como la “exuberancia irracional”.

Ésta es una de las determinaciones que actualmente se imponen a la política monetaria y apuntan al papel central —y casi único— que tienen las tasas de interés como instrumento de gestión para alcanzar la estabilidad y evitar el colapso de las bolsas. Pero frente a este tipo de consideraciones hay que tomar en cuenta que los mercados financieros, a pesar de la inestabilidad recurrente que han mostrado, han logrado evitar una crisis que ha sido anunciada muchas veces. Lo que no puede asegurarse es que las presiones que se ejercen sobre los mercados financieros se diluyan con cada episodio de inestabilidad o, más bien, si esas presiones se acumulan y van creando las condiciones de una caída de las bolsas de consecuencias más grandes o, incluso, de una crisis.

En el caso de México se ha discutido de modo abundante las repercusiones de los movimientos internacionales de los capitales como forma de financiamiento de la economía e, igualmente, como factor de inestabilidad en ciertos periodos. La política monetaria ha tenido que acomodar recurrentemente las condiciones del mercado de dinero (las tasas de interés y el tipo de cambio), para crear los incentivos de la rentabilidad esperada por las colocaciones en cartera. Ha habido periodos de fuerte dependencia de estos fondos captados del exterior con altos costos en los procesos de ajuste que desencadenan y, otros, en que ella se reduce. Pero de cualquier manera, la economía mexicana requiere de grandes entradas de recursos externos para su funcionamiento, hecho que se ha reforzado con la apertura comercial y de la cuenta de capitales de la balanza de pagos.

La inversión extranjera directa ha desempeñado un papel protagónico en la dinámica de la economía especialmente desde la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica y de modo notorio tras la crisis de 1995. De acuerdo con la información registrada en la balanza de pagos, los flujos de la IED entre 1991 y 1993 fueron en promedio 4 513 millones de dólares, mientras que para el periodo de 1994 a 1999, aumentaron hasta 10 900 millones de dólares en promedio anual. La recuperación del ritmo de crecimiento de la economía después de la crisis de 1995 ha estado fuertemente asociada con estas corrientes de inversión. Casi dos terceras partes en promedio de esos recursos provinieron de Estados Unidos durante la década de 1990.

Una forma predominante de la muy estrecha vinculación del desenvolvimiento económico de México con el de Estados Unidos está hoy localizada en el sector productor de bienes para la exportación. Éste es el sector de más dinamismo y anclado a la propia dinámica de los mercados en ese país. Un caso ilustrativo es el de la industria automotriz que tiene un lugar central en la recepción de la inversión directa, contribuye de manera importante a la creación

de empleo e ingreso para los trabajadores y ha ido consolidando un patrón de especialización industrial y, también, territorial.

La capacidad de arrastre que esta industria puede seguir teniendo depende de la fortaleza del crecimiento del consumo de autos y camiones livianos en el mercado estadounidense. Un informe del Banco de la Reserva Federal de Chicago de agosto de 2000, sobre el comportamiento de la venta de vehículos, indica que hacia la primera mitad de la década de 1990 se proyectaban las ventas en torno a 15.1 millones de unidades, pero al final de 1999 ellas alcanzaron 16.7 millones. Las ventas fueron tan grandes que incluso se alcanzó el acuerdo entre los tres grandes productores y sus sindicatos (United Auto Workers) para no ponerlas en riesgo. La estimación para la venta de vehículos livianos para 2000 es de 17.3 millones de unidades, que significan 500 mil unidades más de las ventas récord de 1999. Para 2001 se espera que continúe el ritmo de las ventas en un orden de 16.4 millones de unidades con lo que el trienio será el de más fuertes ventas en la historia.

Para que la economía mexicana pueda seguir aprovechando las ventajas del dinamismo del mercado de Estados Unidos en los sectores automotriz, electrónico y eléctrico, que son los de mayor participación en las exportaciones, se requiere que las pautas de expansión del consumo se mantengan. Con ello, las corrientes de inversión y de comercio, que están estrechamente vinculadas en el esquema predominante de comercio intrafirma, podrán seguir sosteniendo el crecimiento del PIB en México, aunque en el marco del mismo esquema de concentración sectorial y regional que hoy lo caracteriza y que ha repercutido de manera adversa en la recuperación del mercado interno.

En cuanto a los mercados internacionales, la plataforma demócrata señala que las exportaciones sostienen uno de cada cinco empleos en el sector industrial y que pagan más que los trabajos que no se vinculan con los mercados mundiales. Además, calculan que un tercio del crecimiento económico proviene de las ventas de bienes y servicios al exterior. Puesto que conforme a los criterios actuales de evaluación del desempeño económico se considera que los mercados abiertos alientan la innovación, aceleran el crecimiento de nuevas industrias y promueven la competitividad de las empresas, se afirma que debe insistirse en la reducción de las barreras al comercio justo para que otras economías abran sus mercados como lo hace Estados Unidos.

Para administrar el comportamiento y los efectos de los mercados globales y ampliar los beneficios que generan se propone asegurar que todos los acuerdos comerciales contengan provisiones sobre la protección ambiental y los estándares de trabajo. Estos criterios fueron aplicados en la negociación del

TLCAN y, como se sabe, existen sendas instituciones asociadas al Tratado que cubren los aspectos ambiental y laboral. Ellas no se han colocado como factores centrales de su funcionamiento y no se ha discutido de modo abierto el significado político de incorporar esos temas en los acuerdos de tipo comercial. Ambos aspectos pueden constituirse en formas de ejercer presión política en las relaciones internacionales y aplicar condiciones para la regulación del comercio. Pero igualmente pueden ser espacios de acción de diversos grupos para defender derechos sociales y las condiciones ambientales ante las presiones de las empresas y los efectos adversos de la producción.

El carácter político que va adquiriendo la negociación comercial difiere ahora, en la época de la llamada globalización y del fin del comunismo, con el que tenía en la era del GATT. La postura demócrata no elude la referencia ideológica del librecomercio de fin de milenio y postula que: “El verdadero comercio abierto no trata sólo de las ganancias, sino de la gente [...], trata del reforzamiento de los valores de la libertad y del imperio de la ley [...]”. Pero el tema de la libertad y la legalidad y, sobre todo de las oportunidades, suele quedarle demasiado grande a los mecanismos del mercado. Hasta como discurso político estas nociones tienden a ser exageradas y a quedar lejos de las experiencias cotidianas de muchos millones de personas en países como México, caracterizados por una gran desigualdad.

Al mismo tiempo que se exaltan las virtudes de los mercados abiertos, el documento expone el compromiso del candidato y vicepresidente Al Gore para reducir de modo agresivo el déficit comercial y contener la erosión de las remuneraciones en los empleos manufactureros. Esto incluye al sector automotriz y también el uso de las leyes comerciales de conformidad con las normas de la Organización Mundial de Comercio, en cuestiones como salvaguardas o la restricción de las importaciones en casos de violación de los derechos de los trabajadores o de las comunidades en otros países. No queda claro hasta dónde llega el principio del libre comercio y, por otra parte, la tendencia a establecer normas del comercio regulado o, incluso, de abierta presión económica. Esta cuestión se liga con la oferta de enfrentar desde el gobierno la manipulación de las exenciones impositivas que hacen las corporaciones y de disuadir a las empresas para que no establezcan sus operaciones en otros países con el propósito de aprovechar las ventajas de una fuerza de trabajo más barata. Los límites entre el comercio libre y el comercio regulado tienden a hacerse cada vez más tenues, lo que exige de una nueva capacidad negociadora de países como México ante el gobierno de Estados Unidos. Al respecto, la experiencia del TLCAN debe ser bastante ilustrativa en cuanto a las condiciones pactadas

para la liberación del comercio y de las inversiones, mismas que deben ser confrontadas con los resultados obtenidos tras seis años de operación del tratado.

Los republicanos reconocen, de igual manera, que el comercio internacional se ha convertido en la fuerza económica más grande en el mundo, y se rindieron aún más que los demócratas ante la tentación demagógica del libre cambio. Al respecto dicen textualmente: “El comercio internacional no es la creación de los dirigentes mundiales, sino de los pueblos del mundo, que luchan por un mejor futuro y por echar abajo las barreras que los gobiernos erijan frente a él. El resultado es la actual economía global de mercados abiertos en las naciones democráticas. El sistema está encaminado a derribar tanto los vestigios contraproducentes del proteccionismo como los remanentes estancados del marxismo”. Esta postura no requiere comentarios.

En este terreno se tocan aspectos de relevancia para México. Se indica que las exportaciones agrícolas son un factor clave en la existencia de las granjas familiares en Estados Unidos. Esta situación tiene expresiones conocidas de tipo proteccionista, tanto en lo referente a las barreras no arancelarias como con relación a los subsidios, y ocupan un lugar central en la experiencia comercial de los exportadores mexicanos del campo, en tanto que las diferencias de precio y productividad le dan una fuerte ventaja al exportador del otro lado de la frontera, en especial, en los granos.

En esta plataforma se propone también de modo enfático que el comercio libre debe ser un comercio justo, con un sistema de intercambios abierto y basado en reglas claras. Para alcanzar ese objetivo se requiere, dicen, del liderazgo estadounidense. Critican la incapacidad de la administración Clinton para renovar el mecanismo del *fast track* para aprobar leyes comerciales mediante rápidos procedimientos legislativos, lo que habría atentado contra el mantenimiento de mercados abiertos para los productos de ese país y contribuido a aumentar el déficit comercial. La propuesta que sigue a esta crítica es clara, pero también entraña contradicciones para los países en los que el comercio con Estados Unidos tiene una gran relevancia económica. Así se sostiene que el gobierno debe tener una amplia agenda y estar presente en todas las negociaciones comerciales para defender los intereses de los trabajadores y agricultores y asegurar el éxito de los mercados libres.

Las distintas propuestas de política económica contenidas en las plataformas partidarias presentadas para las elecciones de 2000 en Estados Unidos no tienen relevancia directa para México. Ni las posturas de los demócratas ni de los republicanos representan cuestiones clave que afecten la relación económica bilateral, ni el comportamiento interno de la economía nacional. La

cuestión esencial para este país consiste en las tendencias que siga la evolución de la economía estadounidense. De continuar el crecimiento bajo las pautas de los años recientes, la economía mexicana podrá seguir captando recursos externos por la vía de las inversiones en cartera y las inversiones directas y, sobre todo, mantener una activa participación en las exportaciones. Estas podrán seguir siendo el motor principal del crecimiento y una fuente importante de divisas, sobre todo si la tasa de aumento del producto interno bruto se desacelera el año entrante. En este escenario podría empezar una política de recomposición económica que aliente lo que podría denominarse como un “proceso de integración con nosotros mismos”.

Otro escenario estaría definido por una menor expansión económica en Estados Unidos, pero que no estuviera asociado a un periodo de inestabilidad, eso que periodísticamente se llama un aterrizaje suave. La economía mexicana deberá, entonces, buscar mecanismos de adaptación a las nuevas condiciones y compensar los efectos de una menor fuerza de atracción de aquellos mercados. El tercer escenario es el de una crisis. Existen distintas condiciones que pueden provocar el surgimiento de una crisis que violente las expectativas actuales, las cuales están en las pautas de la rentabilidad de las inversiones, en la operación de los mercados financieros o en las fuentes de generación y abastecimiento de la energía. Y no puede ignorarse la situación social de creciente desigualdad entre países y en el interior de los mismos que puede ser una fuente de conflictos.

23 de octubre de 2000.

Plataformas políticas en internet:

•Democratic Party Platform

<http://www.democrats.org/hq/resources/platform/index.html>

•Republican Platform 2000

<http://www.rnc.org/2000/2000platform2>